

EN LOS PLIEGUES DE LA MEMORIA

Santos Juliá

Babelia, 18 de diciembre de 1993

Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Tusquets, Barcelona, 1993.

Desde el siglo XVIII -escribe Octavio Paz- los europeos se examinan sin cesar y se juzgan. En realidad, ese ejercicio de introspección que mezcla narcisismo y angustia ante la muerte nos viene de más lejos, al menos de Agustín de Hipona cuando se inquietaba por el ser del tiempo que ya no es salvo como memoria y que todavía no es salvo como expectación. ¿Pueden cien años estar presentes al mismo tiempo? preguntaba Agustín en sus *Confesiones*. Y Jorge Semprún parece responder tantos siglos después arrugando la *distensio* agustiniana en pliegues de la memoria que atrapan los distintos fantasmas de su existencia, sus nombres e identidades múltiples, para reconciliarlos en la unidad del yo capaz de suspender el paso del tiempo.

El retorno a una calle madrileña, la espera en una antesala, la asistencia a un consejo de ministros, una visita al Prado son espléndidas escenas en las que Semprún mezcla diferentes momentos del pasado para representarlos ante su conciencia. Re/presentación, esto es, nueva presencia de tiempos que fueron y que se traban ahora en torno a objetos dotados de fuerte simbolismo: una butaca, un cuadro, una ventana, una montaña, un pasillo, que son como metáforas del poder, de la clandestinidad, de la infancia, del regreso, de la madre, de la muerte. Las vacaciones del 36, la guerra, el exilio, la Resistencia, Buchenwald, la clandestinidad, los amigos muertos, el partido, todas las escorias del siglo tan intensamente evocadas en esta despedida permanecen así en su ser por la profunda relación que la memoria teje con objetos situados más allá del tiempo.

Cuando Semprún se mantiene en este plano, su obra de rememoración, lejos del convencional relato cronológico repleto de anécdotas y chismes, cumple lo que rara vez se proponen las memorias políticas: una recreación del yo que devuelve la unidad a la aparente dispersión y caos de la existencia. Semprún es maestro en el arte de prender en el mismo pliegue de la memoria diversas y a primera vista casuales dimensiones del pasado. Más allá de su apariencia azarosa, los tiempos y espacios distantes y discontinuos adquieren, en las mejores páginas de este libro, un sentido que nada tiene que ver con el canto de la palinodia, con la necesidad de justificarse o con los ajustes de cuentas sino con el encuentro de la paz consigo mismo, único propósito que Octavio Paz atribuye a las inmersiones en la memoria.

El problema radica en que Semprún ha participado en tantos combates que el tiempo no acaba de realizarse nunca en él como memoria, como pasado, sino que se proyecta como expectación, como futuro; o, si se prefiere, que nunca puede hacer literatura sin dar a la vez una batalla política. De ahí que no haya resistido el impulso de convertir esta despedida de Federico Sánchez, como ya hiciera con su autobiografía, en arma que pretende

conseguir efectos políticos. Si la *Autobiografía* ejerció, como nos dice aquí, "una influencia indiscutible en el curso de las cosas" determinando el declive de Santiago Carrillo ¿por qué no habría de provocar la despedida el mismo resultado con Alfonso Guerra, prendido como lleva de sus oropeles el cascabel que el mismo Semprún se había atrevido a colgarle? Expulsado del partido comunista, Federico Sánchez "batió en brecha" al secretario general; excluido del Gobierno, Semprún se re/viste de Sánchez para rematar la tarea de denuncia del vicesecretario general como primer artífice de la degradación del socialismo democrático en vulgar demagogia populista.

Pero la pretendida simetría de personajes y situaciones descubre el talón de Aquiles de esta obra literaria, precisamente su dimensión política. Y no porque sus análisis sean en esta ocasión esquemáticos o porque Tocqueville inspire la más pobre escena del libro, sino porque olvida que Carrillo era uno y no más, mientras que Guerra era, cuando Semprún denunció su significación política, dos por el precio de uno. Semprún, que tuvo el coraje de exponer en público la miseria teórica y la arrogancia práctica de eso que se conoce como guerrismo, no se enfrenta sin embargo a la cuestión central del socialismo español de los años ochenta: que el partido -aparato institucional y prácticas y cultura políticas- no es una construcción de la que Guerra sea exclusivo responsable; que el secretario general del PSOE es desde 1974 Felipe González.

Y así Semprún no comprende cómo González, un político al que califica de excepcional, uno de los grandes españoles del siglo, un hombre de Estado, haya podido reaccionar de forma tan decepcionante a su certera denuncia del guerrismo. Parece como si el ministro hubiera recibido con sorpresa la carta en la que el presidente le sugería, con más claridad de la que podría sospecharse, la dimisión. Si esto es así, la ruptura del relato para dar tanta entrada a Alfonso Guerra ilumina sobre todo una falla en la reconstrucción de su pasado: Jorge Semprún no ha errado con Guerra; ha errado con González.

Ese error le impide ser por completo Semprún a la hora de la despedida y le lleva a adoptar su nombre de combate. Pero Jorge Semprún no es ya, salvo en la memoria, Federico Sánchez. Lo fue, qué duda cabe, y ahora ha acudido a uno de los múltiples desvanes de su pasado para recuperar el viejo traje y vestirlo de nuevo con objeto de despedirse como si lo fuera. No acaba, sin embargo, de sentirse cómodo y después de ajustar las cuentas con "la cultura del aparato" reaparece el Semprún que, desde el ministerio, vuelve a la casa de su infancia saltando por encima del personaje que temporalmente fue. Y ese, el mejor Semprún, es el que acabará tal vez por encontrarse consigo mismo porque ya podrá contemplar a su madre avanzando "sola por el largo pasillo penumbroso" y descifrar, sin más arma que la memoria y la escritura, "el intolerable secreto de la muerte".